

Meteora

T E D I U M V I T A E

E D I T O R I A L

Meteora
CARLOS MAGAÑA

Colección: APUNTES

Primera edición, 2023

Copyright © 2022 Carlos Magaña

D.R. © 2022 Everness S.A. de C.V.
Av. Hidalgo 1769, Ladrón de Guevara, C.P. 44600
Guadalajara, Jalisco, México
www.tediumvitae.com

Diseño editorial: *Estudio Tangente, S.C.*
Corrección y cuidado de edición: *Isabel Orendáin*
Prólogo: *Javier Ruiz de la Presa*
Fotografía de Carlos Magaña en portada:
Carlos Eusebio intervenida por *Estudio Herrera*
Diseño de portada: *Maricris Herrera | Estudio Herrera*

ISBN: 978-607-95897-6-9

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio material o electrónico sea o no con fines de lucro, sin la autorización escrita del titular del Copyright.

Hecho en México / *Made in Mexico*

É come se, al contrario di Tristram Shandy che temeva di non riuscire mai a raggiungerci, e gli volesse perdersi e fornire a se stesso indicazioni svianti.

Claudio Magris, *Danubio*

UN LIBRO DE AFORISMOS DE CARLOS MAGAÑA

por Javier Ruíz de la Presa

Empiezo con una cita del libro *Cioran, manual de antiayuda* de Alberto Domínguez:

La lucidez, “equivalente negativo del éxtasis”, es peligrosa. ¡Cuidado con ella! “En el fondo, la lucidez no es necesariamente compatible con la vida, incluso no lo es en absoluto”. De hecho, “hay que reconocer que los que han comprendido son por lo general quienes han fracasado en la vida”. No se es lúcido impunemente: hay que pagar por ver. La verdad nunca es gratis. ¿Que el saber no ocupa lugar? ¡Mentira! Todo conocimiento se paga, siempre se conoce a costa de algo. Pero, aunque inconveniente, la lucidez vale la pena. Es lo que nos hace humanos. No hay cabras lúcidas, ni peces lúcidos. “La lucidez, monopolio del hombre, representa el resultado del proceso de ruptura entre el espíritu y el mundo; es necesariamente conciencia

de la conciencia y, si nos distinguimos de los animales, a ella sola corresponde el mérito o la falta por ello”.

El aforismo es como las semillas de la granada. Se esparce por la tierra y crece por doquier como una fuerza invencible. Y es que nada supera a la *brevilocuencia*. Por ella hasta una cosmovisión puede doblarse y temblar, balbucear con timidez e hiperventilarse. Ya Borges decía que el ideal de la escritura consiste en un máximo de contenido en un mínimo de espacio. En este concepto hay una herencia nietzscheana: aspirar a decir en una frase, pensaba este “Dionisio crucificado”, lo que otros expresan con dificultad a lo largo de un libro. Hay tanta densidad e intensidad en dos o tres líneas incisivas y lúcidas... Esto es lo que transfigura nuestras ideas o hace que la insensatez se ponga pálida de vergüenza.

También el aforismo es irruptivo: no se casa con ninguna ideología al uso, tampoco se desgasta ni predispone como una mala retórica. No engaña porque viene de las vivencias íntimas y ni siquiera se confunde con discursos edificantes porque tiene su belleza y su aguijón al mismo tiempo, construye y destruye. Su riqueza está en lo que dice y en la forma de decirlo, ahorrándose “verdades de a centavo” (Lichtenberg).

Con frecuencia, el aforismo hace honores al pasado, “cuando el alma era inmortal”, porque la savia del árbol frondoso no existiría sin raíces. Es como los celentéreos, a veces no encaja en sistema alguno, como si desafiara las leyes de la sangre o la genealogía. Sí, como un celentéreo —lejos de ser ecléctica quimera—, mitad planta, mitad animal; mitad cuerpo, mitad espíritu.

El libro de Carlos Magaña es, creo yo, de esta especie. Dentro del “zoológico humano”, todo libro de aforismos tiende a ser un tráfuga por su sabiduría alegre o trágica. Contiene hallazgos poéticos, sin duda, naufragios íntimos, elogios y ataques. Pero vale la pena decir aquí: no se ataca solamente por hacer el mal a alguno, por vencerlo, sino quizá también por el placer de adquirir conciencia de la propia fuerza (Nietzsche).

En el caso de Magaña ocurre no pocas veces lo que con los pensadores trágicos: ningún viajero ha encontrado en ninguna parte del mundo sitios más feos que en la faz humana. Y es que en el balance de luces y sombras da la impresión de que lo que domina en él, por decirlo de alguna forma, es el claroscuro. Sí, hay un pesimismo que no se enmascara, aunque de vez en cuando se dulcifica o se aligera. Desde el comienzo de su libro:

Qué lejos hemos llegado. Hasta el complicado silencio.

Hay una entrada especial para ciegos en el museo. Intentar entrar por ahí.

Pero también, me parece, hay cierta proporción de esperanza:

Utopía para los tiempos que corren: un nuevo tipo de aceleración y otro tipo de calma.

A veces una especie de ataraxia lograda por agotamiento:

Entender: una paz de navíos hundidos, ya sin ansia de mayores movimientos. Entender, pero cuando ya no hay nada que hacer. La escritura nada añade, solo configura. Entender: ese silencio oceánico.

Pero el hombre agotado es pesimista, sereno como lo está el cielo, luego de haber desatado su furia, y no carente de una luz confortadora:

El sol que abrasará la Tierra nos dará unos cuantos segundos para refugiarnos. Eso es el tiempo.

O aquí:

El amor es una mentira inmediata, y una verdad el resto del tiempo.

Pero Magaña, como sucede en tiempos de penuria con los poetas, busca un refugio. No son los ideales, que se nos mueren entre las manos y por los que ya no podemos entonar un canto fúnebre. Ni siquiera es la lamentación de quien como Heidegger dice: “Hemos llegado demasiado tarde para los dioses”. No, es algo más constante que rebasa el nacimiento y la muerte, las generaciones y las revoluciones culturales, siempre tan inestables como el suelo mismo que pisamos. Lo suyo es el pensar poético:

Mutilados, estamos regenerándonos siempre en una matriz de frases hechas. De ahí el imperativo clínico de la poesía.

Y es un pensar donde dominan los desencantos porque tarde o temprano las fiestas de disfraces acaban, y la verdad es que nos suele ocurrir que en esas fiestas, como en el famoso cuento de Edgar Allan Poe, uno de los concurrentes sea la peste. Y todo se tiñe de un color pálido y nauseabundo como:

El agua sucia después de las cavilaciones.

Pero en medio de esto aparece el inextinguible ánimo filosófico, ya que a fin de cuentas “Todos los hombres, por naturaleza, tienen deseo de conocer” —nos dice Aristóteles en su *Metafísica*—. ¿Pero qué hace aquí el poeta-Magaña? Como la modernidad, él refrenda que el hombre es un animal enfermo y por eso, como una suerte de purga, escribe. Aunque a diferencia del diagnóstico usual, no habla del hombre mismo como enfermedad, del tormento de estar consciente (Darío). No, el hombre está

[...] Enfermo de preguntas (y del inicio de todas las preguntas), escribe desde la fiebre inextinguible. Si muere, es por conocer.

Conociendo, eso sí, Magaña llega a aporías como esta:

Y fue justo porque constataron lo irreconciliable de sus diferencias que decidieron permanecer juntos.

O esta otra:

Primero quieres que suceda. Luego dudas de si algún día sucederá. Después, cuando finalmente sucede, piensas que no debería suceder así. Cuando ya ha sucedido es apenas que te das cuenta de la cosa tan caprichosa que es la vida. Tu vida.

O bien:

Ese organismo afebrado, escindido, ese “cuerpo cortado” que es la humanidad.

En estos microtextos se escucha el rumor de la pregunta cada vez más nítido: *¿dónde está la verdad de las cosas?* Para la tradición filosófica, es una empresa ascendente pero inacabable, como la biblioteca infinita de Borges o como la asíntota de Karl Popper. La tradición, incluso en el siglo xx, no dejó de tener su brújula, aun si no fuese más que el conocimiento oblicuo o indirecto del hombre a través de su propia historia (idea que parte de Vico y llega hasta Foucault). La verdad, sí, esa ave de estación que viene y va y que de tanto en tanto nos muestra el esplendor de su follaje, de su vuelo. Que anida, al menos temporalmente, antes de partir hacia el sur, ese sur que es como la *Tierra quemada* —que en el siglo xv— era tierra ignota en África. Veamos cómo lo dice Magaña:

Leer, leer y solamente leer. La verdad encerrada en el acto de descifrar. Una verdad de maraña, de jungla entremezclándose sin cesar y, por ende, una verdad indescifrable que hay que explorar. La verdad que no importa poseer. La verdad que es imposible de poseer porque sigue bifurcándose y enredándose y enmarañándose con nosotros

dentro; lianas ya en el pie, en los brazos, plantas carnívoras, hiedras asfixiándonos. Lectura de nuestra propia perdición, lectura de la pérdida, lectura de la batalla contra la maleza que es, que somos, que seremos. Ser poseídos, engullidos, acallados. Y una orquídea en el ojal...

No se trata, como he podido comprobar —azorado unas veces, complacido otras— de un libro cualquiera. Es un libro escrito con sangre (desde el único testigo que no miente, que es la intimidad del yo). Y tiene muchas ideas afortunadas, algunas incluso afortunadísimas, dignas de meditarse con la mayor seriedad posible. Sobra decir que Magaña tiene un notable dominio de la pluma.

METEORA



¿Un día a la vez? Qué error: no se puede vivir un día a la vez. Se viven doscientos, o menos cuatro, pero nunca uno. Intentarlo es fuente de todas las angustias.



Gran daño hace la ficción: nos convierte en reales.



De pronto sobre el parque pasa una aeronave. Desde lejos le pareció una avioneta comercial que anunciaba algún circo; sin embargo, ya encima de él, un altavoz dejó caer las risas sardónicas y las frases incoherentes de un dios que termina la parranda y es llevado a su casa en taxi aéreo. O quizás es solo que no entendió lo que se decía a su lado.



Qué lejos hemos llegado. Hasta el complicado silencio.



Hay una entrada especial para ciegos en el museo. Intentar entrar por ahí.



Tiendas para toda experiencia humana posible. Tiendas especializadas en ti y únicamente en ti.



Invasión turística: pelea por las reliquias de la realidad.



Un puñado de esfuerzos gigantescos por vivir. Y algunos diccionarios deshojados.

